

Las mujeres de la Independencia

CATALINA NAVAS

Ilustrado por
CAROLINA ALARCÓN





Leer es mi cuento 48

Las mujeres de la Independencia

CATALINA NAVAS

Ilustrado por
CAROLINA ALARCÓN



El futuro
es de todos

Gobierno
de Colombia



Biblioteca
Nacional de
Colombia

* * *

**MINISTERIO DE
CULTURA DE COLOMBIA**

Angélica Mayolo Obregón
Ministra

**MINISTERIO DE
EDUCACIÓN NACIONAL**

María Victoria Angulo
Ministra

* * *

AUTORA
Catalina Navas

Ilustradora
Carolina Alarcón

Editor
Iván Hernández

**Directora
de arte**
Laura Pérez

* * *

COMITÉ EDITORIAL

Ángela Beltrán
*Directora encargada
Ministerio de Cultura
de Colombia*

Diana Patricia Restrepo Torres
*Directora Biblioteca
Nacional de Colombia*

María Orlanda Aristizábal
*Coordinadora de Literatura
Ministerio de Cultura de Colombia*

Iván Hernández
*Editor de la serie
Leer es mi cuento*

* * *

Primera edición, noviembre 2021

ISBN: 978-958-753-470-2

Material de distribución gratuita

Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al Ministerio de Cultura de Colombia; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará únicamente en los casos en que no haya ánimo de lucro.

Agradecemos solicitar el permiso a:
literatura@mincultura.gov.co



*** 4 ***

Juana Ramírez

*** 10 ***

**María Antonia de la
Concepción y Linares**

*** 16 ***

**Alma Sofía de
Todos los Ángeles**

*** 24 ***

**María Rosa Lazo
de la Vega**



Santa Fe, 1871
Querida amiga, es
muerto debe
en el nom

Juana Ramírez

En la noche del 21 de julio de 1810, Juana escribió la carta más importante de su vida y luego la copió tres veces. Al terminar, se echó encima de los hombros la ruana de lana de oveja que había comprado hacía casi veinte años en Villa de Leyva con su hijo Antonio, que en esa época apenas aprendía a caminar, y que se empeñó en escoger el color.

Antonio quería una negra. No gris, ni blanca. Negra. La tejedora le explicó a Juana que las ruanas negras eran costosas porque las ovejas de ese color eran las más raras. Por diez ovejas blancas salía una negra. Y se necesitaba la lana de tres ovejas adultas para hacer una sola ruana, así que la que había escogido Antonio era el resultado de un proceso que había durado más de tres años. La campesina había esquilado su única oveja negra tres veces, una vez al año, había guardado la lana, la había lavado, puesto a secar, cardado, hilado y finalmente tejido en el telar de madera que estaba al fondo de la tienda.

Juana había accedido al capricho de su hijo y se había llevado la ruana negra para ella y le había comprado una blanca a él. Ella había conservado la suya todos estos años, la de Antonio se había perdido en algún viaje.

Ahora Antonio tenía diecisiete años y había regresado del Casanare, de estar con los patriotas que se habían declarado rebeldes del gobierno español: el 11 de enero de ese mismo año desconocieron la autoridad del virrey Amar y Borbón. El plan de los patriotas era marchar después al Socorro, en la provincia de Santander, y luego a Santafé para apoyar los ánimos de independencia que se sentían con fuerza en esos dos territorios.

Sin embargo, todo había salido mal. Antonio y más de treinta patriotas cabalgaban por uno de los caminos reales del Casanare, rumbo a Santander, cuando la tropa española los emboscó, capturó a la mayoría de ellos y pocos días después les cortó la cabeza. Antonio había logrado escapar. Se había internado en las selvas del Casanare, había atravesado un río a nado y había permanecido oculto dos días sin comer





6

por miedo a que las frutas que encontraba en el suelo fueran venenosas. Cuando llegó a Santafé estaba flaco por todos los días sin probar bocado. Era noche cerrada cuando Juana reconoció en el sonido de la aldaba de la puerta el toque característico de su hijo. El corazón casi se le detuvo de la felicidad. Sabía que Antonio andaba con los patriotas en el Casanare, y de los fusilados, pero aunque el nombre de su hijo no estaba en la lista de condenados por traición, ella no tenía noticias de que estuviera vivo y bien. Cuando lo vio en su puerta lo abrazó y se puso a llorar de la dicha de que estuviera a salvo. Antonio le dijo de las noches que pasó a la intemperie, y de sus días con los patriotas en el Casanare. Juana le contó lo que había sufrido cuando los españoles exhibieron en la plaza las cabezas de los patriotas degollados por traición. Le dijo también del horror de ver las cabezas sin cuerpos y de cómo rezó para que ninguna fuera la de su hijo.

Esa noche de julio, Juana se abrigó bien con la ruana negra, que había resistido tantos años, y salió a la calle oscura con las cuatro cartas entre el corpiño. Tocó en la primera puerta. Le abrió Pilar. Juana miró hacia atrás para verificar que nadie la estuviera siguiendo. Pilar era su vecina y ambas compartían las mismas ideas independentistas. Se juntaban en las tardes a coser, a tocar el piano o a dibujar, y siempre

terminaban hablando de cómo otros territorios en América se estaban liberando del yugo colonial y de lo que era necesario hacer para seguir ese ejemplo. Pilar siempre se había sentido orgullosa de que Antonio estuviera del lado de los patriotas, y cuando se encontraba con Juana en la calle le preguntaba por él.

Pilar llevó a Juana al comedor, prendió una vela, le sirvió un chocolate caliente y se sentó a leer.

—Esto es muy peligroso, doña Juana. Si se descubre que usted anda repartiendo estos papeles la arcabucean mañana mismo.

—No se va a saber. Igual para lo que importa ya... Siga leyendo y verá.

—No doña Juana, no cuente conmigo para esto. Ahora mismo quemamos esta carta para que usted esté segura de que nadie más la va a ver. Pero yo no tengo corazón ni valentía para acompañarla en lo que me propone.

Pilar acercó una de las esquinas de la carta a la vela encendida. Juana vio cómo el papel se consumía encima del plato de porcelana donde estaba servido el queso para acompañar el chocolate.

—¡Doña Pilar! Tanto que hemos hablado, y ahora que tenemos la oportunidad de hacer algo, usted me dice que no. Considere.

—No doña Juana, yo quiero morirme de vieja. No se diga más. Yo a esto no le voy.



Juana sonrió, agradeció por el chocolate y continuó su camino para entregar las otras tres cartas que faltaban.

Juana salió de la casa de Pilar y caminó hasta la puerta de María del Carmen Huerta. Tocó con disimulo. María del Carmen era viuda y no tenía hijos. Su esposo se había muerto de un mal de fiebres hacía un par de años.

María del Carmen leyó la carta y miró a Juana:

—Yo no tengo familia y estoy envejecida. Nadie me va a extrañar si me meten a la cárcel. Si esto es lo que se necesita para que esta tierra sea libre de los españoles, esto es lo que haremos. Gracias por tenerme en cuenta.

Juana salió de la casa de Pilar con el ánimo dividido entre la alegría de haber encontrado una aliada y el miedo por saber que ya no había vuelta atrás.

Doña Lina Gómez también accedió. Ya eran tres.

La última casa que Juana visitó fue la de su amiga más cercana. Juana y Victoria eran primas hermanas y habían crecido juntas en una finca cerca a Villa de Leyva donde cultivaban duraznos y casi nunca llovía. Todo lo habían aprendido al tiempo: a montar a caballo, a nadar, a limpiar los corrales de las gallinas. Se abrazaron fuerte cuando se vieron.

—Supe que Antonio está de vuelta.

—¿Quién te dijo? ¿Será que ya se sabe? ¡Dios mío! ¡Ampáralo y favorécelo! Desde que no se enteren los españoles.

—No creo. Me contó esta mañana una persona de confianza. Un aliado.

—Justamente es de alianzas que vengo a hablarte. Déjame que me siente.

Juana explicó sus planes con detalle. Le dijo que Antonio le había pedido que se fuera para Villa de Leyva mientras las cosas se calmaban, pero que ella no se sentía capaz de dejarlo solo en Santafé. Le contó que se decía que ya estaba cerca de la ciudad una tropa de trescientos soldados que venía dispuesta a liberar a los presos españoles que tenían los patriotas en las cárceles desde el día anterior. Iba a haber confrontación, seguro. Antonio y los otros tenían planeado enfrentárseles e impedirles la entrada a las cárceles. Aunque los patriotas eran más de trescientos, las armas que tenían eran insuficientes.

—Lo que hay que hacer es robarles las armas a los españoles. Hay que tomarse el parque de artillería y quitarles munición, arcabuces, todo lo que haya, y así cuando llegue la caballería tendremos con qué defendernos.

—Pero Juana, el parque de artillería está protegido por una fila de cañones cargados. Es imposible.

—No, óyeme: tengo un plan.

Juana le contó todo a su prima, que la miraba asustada. Le dijo que no le podían decir nada a nadie, ni siquiera a Antonio o a los otros aliados. Si se enteraban, no iban a permitir que ellas hicieran lo que tenían planeado.

—Parecerá como si se nos acabara de ocurrir. Cuando dé la señal, ustedes saldrán de entre la gente. Nadie va a tener tiempo de hacer nada.

Llegó la tarde del 22 de julio de 1810. Las tropas realistas habían llegado a Santafé. Las campanas de los templos redoblaban alertando del horror. Por todas partes se oían gritos que invitaban a tomar las armas. Antonio y los suyos corrían armados de unos pocos arcabuces, piedras y palos. Juana llevaba un pañuelo

blanco en la cabeza, se lo quitó y corrió hasta donde estaba su hijo. Apretando el pañuelo en la mano le dijo:

—Ve tú a luchar con los demás hombres mientras nosotras avanzamos a la artillería y recibimos la primera descarga. Ustedes pasarán por encima de nuestros cadáveres y, mientras los españoles cargan los cañones de nuevo, ustedes los atacarán y podrán entrar a la artillería.

Juana Ramírez no le dio tiempo a su hijo de replicar. Ondeó el pañuelo blanco sobre su cabeza haciendo a las otras mujeres la señal acordada en las cartas. Lina Gómez, María del Carmen Huerta, Victoria y Juana Ramírez corrieron frente a los cañones y se pusieron en su trayectoria.



José María Caballero, un tendero santafereño que vivió los hechos de la Independencia de primera mano, narra en su diario el episodio de las madres independentistas que propusieron ponerse en la línea de fuego de los cañones que protegían el parque de artillería.

Caballero y otro cronista anónimo afirman que el 22 de julio de 1810 corrió el rumor de que a Santafé se acercaba un ejército compuesto por trescientos hombres que venían a liberar a los presos que los patriotas habían tomado desde el día anterior. Los criollos sabían que las armas que tenían eran insuficientes para enfrentar a la tropa, con lo que decidieron tomarse el parque de artillería por la fuerza. El cronista anónimo cuenta al respecto: “Las campanas de todas las iglesias

comenzaron a tocar fuego, los nobles y todo el bajo pueblo salieron armados, los unos con sables, otros con cuchillos y las mujeres con piedras y palos. Prontamente se apoderaron del cuartel de Artillería que era el más interesante”.

Además del episodio del sacrificio de las madres, también se retoma aquí la historia de los patriotas que fueron emboscados en Casanare. El 11 de enero de 1810 algunos patriotas declararon desconocer la autoridad del virrey Amar y Borbón. En su camino a Santafé fueron capturados por soldados españoles que los degollaron y mandaron sus cabezas a la capital. Los santafereños tuvieron que ver las cabezas en descomposición exhibidas en la plaza durante días. Empezaba el terror.







María Antonia de la Concepción y Linares

Metí en mi equipaje algo de ropa para mí y para Margarita. Las monedas que tenía me las escondí entre las botas. En la derecha, la bolsa de terciopelo negro que le entregaría al soldado que nos iba a ayudar a salir de la ciudad. En la izquierda, las monedas y las joyas para alquilar una casa cuando llegáramos a Santa Cruz de Mompox.

Estaba oscuro. Si fuera época de paz los pájaros estarían cantando, pero ya no quedaban pájaros en Cartagena de Indias. Ni un solo sirirí, ni un solo toche. Se los habían comido a todos.

Además de las monedas, lo que yo más cuidaba esa mañana en la que huimos de la única casa que conocíamos, era la libreta de solapas de cuero donde estaban anotadas las recetas de los dulces. Una libreta pequeña cubierta de manchas pegajosas. La abrí.

10 reales de azúcar
6 reales de tamarindo
2 reales de pimienta cayena
½ real de sal
20 reales de canela

Fue la negra María Luiza quien me enseñó a hacer dulces. Cayó entre las primeras víctimas del encierro infame de Morillo. Murió de un mal de calenturas y temblores que se la llevó en pocos días, igual que a mi marido, a mi papá y a mi hijo mayor. De la familia que habíamos sido, solo quedábamos Margarita y yo. María Luiza vivía de los dulces en la plaza. Así la conocí. Nació esclava, pero pagó su libertad a los veinte años con el dinero de hacer melcochas y venderlas clandestinamente. Cuando la patrona de la cocina donde trabajaba se encontró con una cantidad enorme de dinero ahorrado y a su esclava queriendo comprar su libertad, no pudo decir que no. María Luiza trabajó libremente desde ese día, vendiendo sus dulces en una de las plazas al pie de la muralla.



Mis favoritas eran las bolitas de tamarindo. Yo solía caminar hasta su tenderete, me ponía a hablar con ella y me llevaba mis siete bolitas para la semana, una para cada día. En ese tiempo, Cartagena era una ciudad en la que daba gusto vivir. Los balcones estaban siempre florecidos y en el centro de cada plazuela había una fuente de donde la gente tomaba agua fresca para cocinar y lavarse. Ahora es otra cosa. Ahora las calles están cubiertas de suciedad, las fuentes de agua están contaminadas y la gente se muere de hambre.

María Luiza me dijo un día:

12

—Le voy a enseñar a hacer dulces, con la condición de que no me monte competencia —y soltó una carcajada.

Me llevó a su cocina y ahí me enseñó a despepitar el tamarindo, a hervirlo y a batirlo en las pailas de cobre hasta que se formara una melcocha oscura que a veces saltaba desde el fogón, peligrosa. Cuando la mezcla ya estaba tan espesa que daba trabajo rebullirla, se ponía a enfriar en una bandeja. Y luego se armaban las bolitas. Había que tener cuidado para no pringarse las manos. La primera vez que hicimos dulces juntas nos fuimos a la plaza a venderlos. Cuando María Luiza contó el producido del día me entregó unas monedas. Dije que no, que por qué me daba dinero por los dulces, pero ella me contestó:

—¿Qué por qué le doy? ¿Usted no amasó, ni despepitó, ni se quemó las manos a la par conmigo? Pues por eso.

Con lo que ganamos ese día nos fuimos a comer bollos fritos hasta que no pudimos más.

Eso era antes. Antes de que empezara el asedio. En agosto de este año de 1815 se ordenó desde España bloquear la ciudad amurallada y la vida nos cambió. Las tropas se apostaron en los caminos que comunicaban a Cartagena con las otras poblaciones cercanas y los cerraron. A la bahía llegó una flota de barcos españoles y se impidió el paso de todo: mercancía, víveres, gente. Cartagena de Indias quedó aislada del mundo.

Primero se acabó la comida: dentro de la ciudad no se criaban animales y la carne empezó a faltar. La gente acabó con toda mata comestible que crecía en los jardines. Los árboles de frutas quedaron sin hojas: tal era la desesperación de los cartageneros hambrientos. Los primeros que se comieron sus perros fueron los Cabrera. Siempre se habían sentido orgullosos porque su casa, una construcción de dos pisos con patio central en la plaza de la Inquisición, era refugio de animales que recorrían las calles de la ciudad. Había todo tipo de perros en la casa de los Cabrera: galgos traídos en barco desde Europa; perros criollos nacidos en la calle, cubiertos de sarna y curados luego en la perrera del patio, y una familia de zoloescuincles mexicanos, traídos directamente del virreinato de Nueva España. Los zoloescuincles eran los preferidos de la familia. Se veía a las niñas Cabrera untarlos con aceite de coco para mantenerles la piel,



y peinarles con peinetas de madera los pelos hirsutos de las cabecitas.

Pronto se supo: los Cabrera no estaban sufriendo como el resto de nosotros porque estaban comiéndose a sus perros. La que contó todo fue Bernarda, la esclava de cocina encargada de sacrificar, despellejar y preparar platos de perro de manera que las niñas Cabrera no se dieran cuenta, por lo menos los primeros días, que en la mesa del comedor estaban servidas sus mascotas. Nosotros nunca tuvimos perros. Mejor, así no teníamos que comérmolos. A nosotros nos tocó buscarnos la carne de otra manera. Por la mañana, antes de que amaneciera, me levantaba y con una vela caminaba por el jardín de nuestra casa atenta a las huellas brillantes y viscosas que dejaban los caracoles de jardín. La luz de la vela hacía brillar los senderos de baba en el suelo empedrado. En una bolsa de tela iba recogiendo a los pobres animales que luego ponía en una dieta de sobras de la cocina. A los dos días, cuando ya estaban limpios, los ponía a hervir y los bañaba en una salsa de ají, la única mata comestible que iba quedando en la huerta.

Cuando los caracoles de nuestro jardín se acabaron, empecé a salir a las calles vacías en la madrugada. Me agachaba y buscaba en las uniones de piedra los caparzones de los animalitos que luego nos comeríamos en salsa, clavándoles un palillo de madera en el cuerpo para sorberlos enteros. Nunca me terminó de gustar su textura terrosa, la consistencia de goma de su cuerpo hervido contra los dientes.

Luego vino la peste. La gente empezó a morirse por la suciedad y la basura, y los desechos empezaron a acumularse en las calles. La ciudad, que había sido limpia y agradable, se estaba derrumbando. La podredumbre contaminó incluso las fuentes y empezó a ser difícil conseguir agua limpia. En esa época se murieron Alfonso padre y Alfonso hijo, la mitad de nuestra familia. Les dio un resfriado fuerte con unas fiebres altísimas que no conseguí bajar con nada. Cuando tuve que echar sus cuerpos a la calle, sin enterrar porque los cementerios y las fosas ya estaban llenas, decidí que mi hija y yo nos salvaríamos, que no podía permitir que nos pasara lo mismo.

Reuní todas las monedas y joyas que tenía, cogí a la niña de la mano y me fui a tocarle a la puerta a María Luiza. Quería proponerle que nos escapáramos juntas. Nadie me abrió. Toqué la aldaba durante cinco días seguidos hasta que una vecina me dijo que se había muerto de fiebre y convulsiones.

Al día siguiente me levanté a la misma hora de los caracoles, pero en lugar de agacharme a despegar animales del suelo, me fui derecho a la puerta de los coches donde había visto que se paraba un soldado español con cara más amable que los demás. Cuando nadie nos veía le entregué la carta en la que le pedía que nos pasara al otro lado a cambio de la mitad de mis joyas y de la mayor parte de mis ahorros.

Me hubieran podido fusilar si el soldado hubiera querido; me hubieran podido echar a la cárcel y Margarita se hubiera quedado sola, pero al día siguiente, cuando fingí

que estaba buscando caracoles en el empedrado, vi que el soldado me hacía una seña con la cabeza para que me acercara. Fui hasta el borde de la muralla y con disimulo recibí un papel que solo tenía una fecha anotada: 8 de noviembre. Faltaban tres días. Empaqué dos cambios de ropa para cada una, uno para caminar y otro para cuando hubiéramos llegado a Santa Cruz de Mompox. Zapatos, solo los que llevábamos puestos. Monedas y joyas para pagarle al soldado y para vivir mientras los dulces daban algo para mantenernos.

La mañana del 8 de noviembre caminé hasta el cuarto de Margarita y la levanté. Le dije que ese día me acompañaría a buscar caracoles. La niña se puso a llorar de sueño, pero no le hice caso. Al salir a la calle la alcé y le cubrí la cabeza con un rebozo. Me cubrí yo misma. Puse doble

cerradura en la puerta de mi casa, pensando que de pronto podríamos volver.

Caminamos hasta la muralla y le entregué una bolsa de terciopelo negro al soldado. La abrió, vio lo que estaba adentro y me entregó un papel sellado que me autorizaba a circular libremente. Leí otro nombre que no era el mío en el papel y lo miré como preguntándole. El soldado se alzó de hombros. Entendí entonces que cuando pasara la muralla y buscara una manera de llegar a Santa Cruz de Mompox, tendría un nombre nuevo: María Antonia de la Concepción y Linares.

Me gustó.

Abracé a mi hija y a medida que me alejaba de la ciudad sitiada fui repitiendo bajito: María Antonia de la Concepción y Linares, se preparan dulces de tamarindo y caracoles en salsa.



Cartagena de Indias declaró su independencia de España el 22 de mayo de 1810, semanas antes que Santafé, capital del virreinato. Sin embargo, como la mayoría de estas primeras declaraciones, no fue absoluta: la ciudad depuso la administración de los servidores españoles, pero se mantuvo fiel al rey. Luego, durante la reconquista, el periodo en el que España intentó recuperar de nuevo el control de sus territorios en América, Cartagena vivió uno de los episodios más dolorosos de todo el siglo XIX: en agosto de 1815 la ciudad fue rodeada completamente y se impidió el paso de personas y víveres.

Juan García del Río, patriota que detalló el episodio, escribió que durante el sitio los cartageneros se alimentaron de perros, ratas y burros. Cuando estos animales se acabaron,

la gente empezó a morir. Del Río afirma que un tercio de la población de Cartagena murió por hambre o por enfermedad durante el bloqueo, y que el 4 de diciembre eran ochocientos los cuerpos que estaban pudriéndose en las calles porque los cementerios se habían llenado.

El 6 de diciembre de 1815, el español Pablo Morillo entró a Cartagena y la tomó por la fuerza: después de 106 días de haber sometido a sus habitantes al hambre y a la enfermedad, no encontró resistencia. Ese mismo día, afirma Juan García del Río, las tropas de Morillo fusilaron a más de seiscientas personas defensoras de la ciudad. Se dice que durante el sitio de Cartagena murieron más de seis mil personas a causa del hambre, las enfermedades y los enfrentamientos militares con los realistas.





Alma Sofía de Todos los Ángeles

Cuando era niña, mi juego favorito era el del convento. Le quitaba a mi mamá sus crucifijos y sus rosarios y me iba a esconder en el patio a rezarle a santa María, madre de Dios. Me imaginaba que las galletas dulces eran hostias y me las ponía sobre la lengua hasta que se deshacían.

Mamá me enseñó a leer usando los libros de vidas de santos que había en la biblioteca. Ella abría una página y pasaba el dedo por los renglones mientras yo leía lento, sílaba por sílaba: san-ta-te-re-sa-e-ra-u-na-san-ta-es-pa-ño-la.

Teresa de Ávila era mi santa favorita. Me gustaba que soñara con irse a tierras salvajes a hablarles a los que no conocían a Dios. En esa época yo quería escaparme de mi casa en San Juan de Pasto e irme a los páramos que quedaban más allá del volcán Galeras a hablar con los indios y contarles de Dios y la santísima Virgen. Una vez hasta alcancé a empacar una maletica con ropa.

También imaginaba que me volvía santa. ¡Qué soberbia! ¡Dizque santa yo! Me imaginaba que Jesús se me aparecía en sueños, se chupaba el dedo índice y con su santa saliva me hacía la señal de la cruz en la frente y en los labios. Y me prometía que nos volveríamos a ver en el Paraíso.

No te preocupes, Sofía, nada te espante nunca, que cuando llegue tu hora final tú estarás conmigo en el Paraíso.

Y me miraba con sus ojos bonitos.

Cuando cumplí catorce años, papá quiso casarme. Que un viejo pastuso me había visto en misa y le había parecido bonita y que me quería para esposa. Yo, que siempre fui tan obediente y respetuosa con mis papás, me puse a gritar, dije que yo no quería ser esposa de otro que no fuera Jesús, que no quería ser madre de nadie y que no me gustaban los oficios domésticos. Que me dejaran leer y rezar en paz, que yo no era criatura de tener familia. Papá estaba empeñado, pero mamá, que había recibido herencia, dijo que iba a vender la casa que había sido de sus papás y que con la plata me iba a meter de monja al convento de Santa Clara.



Con quince años recién cumplidos entré al convento de clausura. Me dieron un nombre nuevo. De ahora en adelante no me llamaría Sofía, a secas, como había sido hasta ese momento, sino Alma Sofía de Todos los Ángeles. Me gustó mi nombre nuevo. Y me reí para mis adentros, porque me pareció tan bonito como el de todas las santas que yo admiraba. Si no iba a ser santa, por lo menos iba a tener el nombre de una.

Me asignaron a la cocina, donde tenía que echar la mezcla de harina y melaza a los moldes de donde después sacábamos las hostias. Revolvía en una paila panda con una cuchara de madera. Cuando la mezcla estaba tibia, la esparcía con espátula en moldes de hierro que les imprimían la señal de la cruz. Era como jugar a hacer monedas, pero benditas.

Estuve tres años haciendo hostias.

Cuando nadie me veía, me comía los bordes que sobraban, me llenaba los bolsillos del delantal con los pedacitos de hostia y luego me los comía a escondidas, en mi celda.

La vida en el convento era tranquila y aburrida. De la gente de afuera solo hablábamos con el cura que nos confesaba todas las semanas. Yo no le contaba mis pecados, porque no tenía ninguno. Nos poníamos a hablar de las guerras que había por todo lado, de la carestía que no daba tregua y de lo que estaba pasando en Santafé y en otras ciudades donde los criollos se habían tomado el poder. Aquí, en Pasto, casi nadie quería la independencia. Con los españoles estábamos bien, ¿por qué meterse en una guerra en la que se iba a morir un montón de gente? Además había otro asunto: corrían rumores de que cuando los criollos



llegaran al poder, les quitarían bienes y tierras a las órdenes religiosas. Teníamos miedo de que nos echaran a la calle y de que, como a los jesuitas, nos tocara salir corriendo a escondernos quién sabe dónde.

Llegó así la mañana del 24 de diciembre de 1822. Yo llevaba dos días metida en la cocina. Había hecho mil cuatrocientas hostias que se usarían en las misas de Navidad en las diferentes iglesias de la ciudad. Además de las hostias, estaba encargada de adobar el cochinito asado y hacer el arroz con leche para celebrar el nacimiento del Niño Jesús. Como todas las navidades, entraríamos a la capilla a las seis de la tarde y estaríamos echando rosarios y cantando villancicos hasta la medianoche, cuando asistiríamos a la misa de Navidad. Luego, la cena en el comedor central. Sería como todos los años.

Pero a las seis de la tarde el sonido de las campanas nos alertó de que algo fuera de lo común estaba sucediendo. Los campanarios no llamaban a misa sino que batían sus metales dando aviso de invasión, destrozo y violencia.

Abandoné el horno donde se cocía a fuego lento el cochinito y subí corriendo las escaleras de la iglesia hasta el coro. Ahí, donde las religiosas cantaban en las misas, había una ventana cubierta por una celosía que dejaba ver hacia el exterior, la única ventana del convento de clausura. Vi, a través de la madera tallada, personas que corrían y gritaban, mujeres huyendo con niños en brazos, hombres empuñando palos y piedras. Confirmé mis temores: el ejército patriota del general Sucre había entrado a la ciudad de San Juan de Pasto y se la estaba tomando a sangre y fuego.

Fui corriendo a la celda de la abadesa, quien inmediatamente mandó a reunir a todas las religiosas en la capilla.

Esa noche no hubo villancicos ni cantos celebrando el nacimiento del Niño Jesús. Solo la voz aunada de muchas mujeres asustadas que rezaban un rosario tras otro y pedían por su vida y por la de todos los pastusos que estaban afuera del convento. Miré hacia arriba: el techo, el altar, las sillas, todo estaba hecho de madera. Si el ejército patriota quisiera podría prenderle fuego al convento y no quedaría nada de nosotras. Me di cuenta de que estaba respirando muy rápido, sudando del miedo y me sentí mareada. Para calmarme me arrodillé a repetir mi oración favorita:

Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda.

A las ocho de la noche oímos en la puerta que daba a la calle los golpes y las súplicas de los pastusos que pedían refugio en el templo. Dudé. Al abrir las puertas estaría rompiendo el voto de clausura que había jurado respetar cuando recibí mi nombre nuevo.

Corrí hasta la escalera de caracol que llevaba al coro y subí para ver qué pasaba. El empedrado de la calle brillaba como si hubiera estado lloviendo. Miré con atención y vi que lo que cubría las piedras no era agua sino sangre que empezaba a correr calle abajo. Un grupo de personas estaba frente al convento, me quedé mirando a una mujer joven que gritaba algo que no alcancé a oír y golpeaba la puerta de madera con ambas manos, con las palmas abiertas.

¿Qué era un voto de clausura ante la vida en peligro de personas inocentes?

Bajé corriendo la escalera de caracol teniendo cuidado de no enredarme con el hábito y caerme de frente.

Mientras bajaba le rezaba a Dios:
No permitas que se metan los patriotas, Señor.

Sálvanos.

No dejes que hieran a tus hijas, Señor. Protégenos.

Corrí la pesada viga de madera que mantenía la puerta del convento cerrada. Un grupo de personas de todas las edades entró despavorido a la capilla: ancianas, niñas y mujeres jóvenes con bebés en brazos, algunos hombres con ellas. Cerré de nuevo y el convento quedó sellado.

A las nueve recordé el cochinito en el horno. Había estado cocinándose a fuego lento y ya estaría a punto. Tal vez se habría pasado un poco. Tenía que alimentar a todas las mujeres que no habían parado de rezar desde hacía horas, hubiera sido un pecado desperdiciar comida. Corrí a la cocina y abrí la puerta de hierro del horno. Puse los pedazos de carne en una bandeja y caminé de vuelta a la capilla donde un grupo de personas hambrientas devoró en minutos el cochinito de la cena de Navidad.





A las once, cuando ya la mayoría de niños dormían acurrucados en el piso, volvimos a oír golpes en la puerta. Los gritos que los acompañaban nos helaron la sangre: “¡Pastusos cobardes, pastusos traicioneros, abran ya mismo o echamos la puerta abajo!”.

Oímos cómo el ejército patriota golpeaba la puerta con algún objeto grande, queriendo entrar por la fuerza. Los refugiados empezaron a gritar y a buscar escondite. Algunos se metieron en los confesionarios, otros echaron a correr dentro del

convento, unos pocos rodeamos el altar mayor esperando que los soldados respetaran a Jesús crucificado. Entonces ocurrió: las puertas del convento de clausura abiertas de par en par. Un batallón de soldados del general Sucre había tumbado la puerta, tirada ahora en el suelo. Los soldados nos miraban de frente.

Cerré los ojos y recordé la promesa que Jesús me había hecho de niña: *No te preocupes, Alma Sofía, nada te espante nunca, que cuando llegue tu hora final, tú estarás conmigo en el Paraíso.*



El 24 de noviembre de 1822 el ejército patriota fue derrotado en Taíndala, Nariño. Los patriotas no conocían la geografía de las montañas del sur y fueron sorprendidos por los realistas que los vencieron sin dificultad. Bolívar, preocupado por no haber podido tomar el último reducto realista del territorio, decidió invadir Pasto un mes después.

Las tropas republicanas entraron a la ciudad en la tarde del 24 de diciembre de 1822 y la encontraron desprotegida: los realistas que habían vencido en Taíndala un mes antes,

habían huido a los cerros cercanos, confiando en que las tropas del general Sucre no harían mayor daño a la población civil. No fue así.

Sobre la Navidad negra dice el historiador José María Groot: “Las tropas irritadas con la obstinada guerra que les hacían los pastusos, saquearon la ciudad y el general Sucre hubo de permitirselo. Allí no hallaron casi gente, todos los hombres habían huido, no había sino las monjas y algunas mujeres refugiadas en el convento”.





María Rosa Lazo de la Vega

Dicen que el viaje a Santafé se puede hacer en cuatro días. Pero para eso hay que ir sin equipaje y sin las bestias de carga que lo retrasan todo. Los que lo hacen en ese tiempo salen desde el Llano, atraviesan ríos a brazo limpio y cuando llegan a las montañas de los Andes se ponen a trepar cordillera de inmediato.

Para hacer el viaje a pie hay que tener buenos pulmones, y corazón fuerte para resistir tanta altura. Es que a la gente de lo plano la montaña nos da duro, nos aprieta el pecho y nos quita la respiración. Por eso toca ir despacio, parando y mirando las montañas, como pidiéndoles permiso para pasar. A nosotros nos toca ir lento, aunque haya mucho afán.

De Pore a Pisba, y de ahí a Corrales. Siempre que vamos paramos en la casa de doña Gabriela, amiga y arriera, que nos vende provisiones para lo que queda del viaje y nos alquila bestias si es necesario. Es que la subida es dura hasta para los animales más fuertes. No es raro que a un caballo se le quiebre una pata en un paso de río o le dé un cólico que lo tumbe ahí mismo. En ambos casos, tener al animal sufriendo es un pecado y hay que darle un tiro. Da tristeza ver un caballo tirado en el camino. De Corrales a Santafé derecho, sin parar. En este viaje de 1836 voy pendiente de mi yegua, del palpitar de su corazón y del ritmo de su respiración. Aunque Umma sea mi yegua favorita es la primera vez que recorreremos tanto terreno juntas. A veces vamos trotando, a veces a paso. De vez en cuando me acerco a su cuello y le digo algo: “Bien, Umma. Ánimo, Umma”. Me empeñé en traerla aunque el palafrenero me insistió en que mejor la dejara quieta. ¿Pero cómo voy a hacer este viaje, el más importante de todos, sin mi animal más querido?

Voy a Santafé a que me devuelvan lo que es mío, a que me paguen la deuda que me tiene en la miseria.

Montada en Umma, mi yegua árabe, voy practicando el discurso que me sé de memoria y que voy a pronunciar en el Congreso. El vaivén del trote les da ritmo a mis palabras. No me importa que los peones que me acompañan me crean loca. Cuando salí iba



hablando bajito, solo para mí, pero a esas alturas voy diciendo duro las palabras que luego voy a repetir delante de los hombres que no me quieren pagar lo que deben.

Está ante ustedes, ilustres caballeros, una mujer que no solicita favores ni pide clemencia por algún delito que haya cometido. Está aquí una mujer que, sin merecerlo, ha sido castigada y despojada de sus bienes, lanzada a la miseria y sometida al más terrible oprobio. Si he cometido alguna falta, caballeros, ha sido confiar en la palabra de hombres envalentonados de guerra.

Llegamos a la orilla del río y vemos que el puente que lo atraviesa está en el piso. Unos mineros que buscan oro en sus bateas nos dicen que las inundaciones de la última temporada de lluvias se han llevado las cuerdas y las tablas del puente y que nadie lo ha vuelto a poner en su sitio. Pero que no

nos preocupemos, que es tiempo de sequía y que el río se puede atravesar a caballo sin peligro. Eso sí, que hay que mantener las riendas firmes porque hay corrientes traicioneras entre las piedras que jalan hacia abajo y entonces el caballo se resbala y pierde el equilibrio. Desmonto y reviso a Umma con cuidado: la cincha firme, las herraduras bien apretadas. Vuelvo a subir y siento la corriente que choca contra los músculos tensos de la yegua, oigo el sonido del agua contra las rocas que impide que alguien más oiga lo que voy diciendo en voz alta. Me inclino y susurro en las orejas del animal: “Tranquila, Umma”. Endereo la espalda, cojo las riendas con firmeza y sigo con mi discurso.

Vengo a pedir lo que es mío, lo que entregué en préstamo a la República y nunca me fue devuelto. Vengo a que la Patria, en nombre de su honorable Congreso, liquide



la deuda adquirida conmigo durante la guerra de independencia. Oídme.

Atravesamos la parte más honda del río, el agua es oscura y no veo donde pisa Umma. Confío en su inteligencia y en que no va a pisar una piedra lisa que la haga resbalar.

Antes de que las tropas y sus generales pasaran por mi casa, mi hacienda era una de las mejores tenidas de Casanare. Contaba cien mil reses, dos mil caballos y por lo menos mil doscientas yeguas. Cuando en 1815 las tropas españolas invadieron el territorio y los jefes de la República tuvieron que combatirlos, ofrecí mi casa como refugio temporal de batallones completos, y mis terrenos como corredores de paso para el ejército patriota. Los generales instalaron campamentos y dispusieron de mi ganado y mis animales para su causa. Sacrificaron cuantas reses

fue necesario para alimentar a la tropa y tomaron los caballos que quisieron.

La corriente se siente con más fuerza, el nivel del agua sube y siento miedo. Tantos ríos cruzados a caballo y me sigo asustando cada vez que el agua me llega a la cintura. Pero las palabras que me aprendí de memoria me calman.

Cuando acabó la guerra en 1821, casi todo había sido consumido: quedaban cincuenta yeguas y ningún caballo, los corrales estaban casi vacíos y pastaban solo mil reses. Como veis, con mi hacienda se costó la Independencia. Si vuestras tropas no se hubieran aprovechado de mis bienes, la victoria contra los españoles no hubiera sido posible y vosotros, honorables congresistas, no estaríais ahí sentados.

Espero en la orilla hasta que el último de mis compañeros de viaje y todos los baúles con documentos están en tierra

firme. Seguimos nuestro camino y empezamos a subir montaña. Sentimos el frío de los Andes y tenemos que ponernos las ruanas y los sombreros para continuar. Nos emparamos con el chusque que cierra el paso en los caminos y nos chuzamos con las moras silvestres. Al quinto día de viaje llegamos a Corrales, a la posada de doña Gabriela. Descargamos y por primera vez desde que salí de mi casa me doy un baño. Cuando ya todos han comido y están dormidos en las esteras que tiraron en las habitaciones, voy a donde doña Gabriela y le digo que esta noche no necesito que me alquile bestias, sino que me preste el oído.

En 1817 el Libertador vino a la Hacienda Tocaría porque quería comprobar las posiciones de la tropa en los Llanos. Le ofrecí hospedaje y alimento, como había hecho con sus soldados desde que empezó la guerra. Le manifesté mi apoyo a la causa y le dije que quería saber la forma en que la República pagaría su deuda conmigo una vez la guerra terminara. Dijo que no me preocupara, que una vez hubiera paz, la Patria sería tan próspera que a los benefactores nos devolverían todo con creces. “Querrá decir con intereses”, dije yo. “Sí, con intereses”, confirmó él. Es todavía oscuro cuando dejamos Corrales y nos metemos en el páramo. Atravesamos campos enteros de matas de hojas suaves y altas como frailes enruanados. Nos sentamos junto a ríos de agua helada y calmamos la sed. Cuando paso junto a una mata de mortiño estiro la mano, arranco una uva y me la como. Las frutas del páramo no saben como las frutas de mi tierra, son chiquitas y simples, como si les hubieran quedado debiendo la dulzura y el tamaño.

Finalmente vemos Santafé desde los cerros orientales. La cuadrícula de la plaza, sus iglesias y sus casas de gobierno alrededor. Empezamos a bajar a la ciudad. Me gusta esta bajada, uno puede coger algo de velocidad con el caballo porque el empedrado está bien tenido. Ay, si los gobernantes cuidaran a sus ciudadanos como cuidan de los caminos que llegan a Santafé otra sería mi historia. Me lanzo monte abajo y siento el vértigo de la bajada en el viento que me pega en la cara.

En marzo de 1823 supe, por un comerciante que llegó a mi hacienda, que en la plaza de Pore se habían







puesto carteles dirigidos a quienes reclamaban alguna deuda con la República. Yo misma ensillé a mi yegua favorita, esa que no permití que ningún general se llevara durante la guerra, y antes del mediodía estuve en Pore. Los carteles decían que quienes tuviéramos alguna reclamación debíamos llevar toda la documentación a la casa de gobierno del Casanare lo antes posible.

Cuando llevé mi reclamación al juzgado, me mostraron el decreto de ley que decía que todos los acreedores debían reclamar su deuda después de un mes de publicada la ley, que después de esa fecha toda deuda se daría por saldada. Habían pasado tres días después de ese plazo injusto.

Me pregunto yo por qué para pedir prestado vienen a mi casa y se llevan lo que necesitan, pero para pagar son esquivos y ponen trabas. ¿No es eso un engaño? Congresistas, les corresponde a ustedes ordenar el pago de mi deuda. Considerad la mala fama y el descrédito en el que caería la República si no se cancela lo que se me debe. Entramos a Santafé y fuimos a la posada. Llevé a Umma a su establo y le acaricié el cuello que todavía palpitaba agitado. Caminé a mi habitación, me lavé la cara y me miré en el espejo. Saqué el papel lleno de tachones donde había escrito el discurso que pronunciaría al día siguiente en el Congreso. Lo desenrollé y lo practiqué una vez más frente a mi reflejo.

31

* * *

María Rosa Lazo de la Vega fue una mujer llanera que contribuyó con bienes y dinero en efectivo a la financiación de la guerra de independencia. La deuda fue avaluada en 59.000 pesos de la época. En 1836, Lazo de Vega se presentó en el Congreso para reclamar lo que se le debía. Sin embargo, los congresistas se negaron a ordenar el pago argumentando que el plazo para reclamar se había vencido. La deuda nunca fue cancelada.

Su discurso completo se puede encontrar bajo el nombre “Honorables representantes del Cuarto Congreso Constitucional del Estado de la Nueva Granada”.

Leer es mi cuento 1
De viva voz Relatos y poemas para leer juntos
Varios autores.

Leer es mi cuento 2
Con Pombo y platillos
Cuentos pintados de Rafael Pombo.

Leer es mi cuento 3
Puro cuento
Selección de cuentos Varios autores.

Leer es mi cuento 4
Barbas, pelos y cenizas
Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 5
Canta palabras
Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

Leer es mi cuento 6
Bosque adentro
Cuentos de los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 7
De animales y de niños
Varios autores.

Leer es mi cuento 8
En la Diestra de Dios Padre
Cuento de Tomás Carrasquilla.

Leer es mi cuento 9
Ábrete grano pequeño
Adivinanzas de Horacio Benavides.

Leer es mi cuento 10
El Rey de los topos y su hija
Cuento de Alejandro Dumas.

Leer es mi cuento 11
Los pigmeos
Cuento de Nathaniel Hawthorne.

Leer es mi cuento 12
El pequeño escribiente florentino
Cuentos de Edmundo de Amicis.

Leer es mi cuento 13
Don Quijote de la Mancha Capítulos I y VIII.
Miguel de Cervantes.

Leer es mi cuento 14
Romeo y Julieta
William Shakespeare
Versión de Charles y Mary Lamb.

Leer es mi cuento 15
El patito feo
Hans Christian Andersen.

Leer es mi cuento 16
Meñique
José Martí.

Leer es mi cuento 17
Cuentos de Las mil y una noches
Selección de cuentos de Las mil y una noches.

Leer es mi cuento 18
Cuentos de la selva
Cuentos de Horacio Quiroga.

Leer es mi cuento 19
Poesía en español
Selección de algunos de los mejores poemas de la lengua española.

Leer es mi cuento 20
El diablo de la botella
Novela breve de Robert Louis Stevenson.

Leer es mi cuento 21
Fábulas
F. M. Samaniego.

Leer es mi cuento 22
La bella y la bestia
Jeanne Marie Leprince de Beaumont.

Leer es mi cuento 23
Por qué el elefante tiene la trompa así
Rudyard Kipling.

Leer es mi cuento 24
Canciones, rondas, nanas, retahílas y adivinanzas

Leer es mi cuento 25
Aventuras de Ulises
Homero.
Versión de Charles Lamb.

Leer es mi cuento 26
Don Juan Bolondrón
Folclor español.
Fernán Caballero.

Leer es mi cuento 27
Memorias de un abanderado
José María Espinosa.

Leer es mi cuento 28
Espadas son triunfos
Manuel Uribe Ángel.

Leer es mi cuento 29
Cantos populares de mi tierra
Candelario Obeso.

Leer es mi cuento 30
Rapunzel • Pulgarcito
Varios autores.

Leer es mi cuento 31
Las travesuras de Naricita
Monteiro Lobato.

Leer es mi cuento 32
La gata blanca
Madame d'Aulnoy.

Leer es mi cuento 33
Versos sencillos
(Selección)
José Martí.

Leer es mi cuento 34
Memorias de un caballo de la Independencia
(Selección)
Gonzalo España.

Leer es mi cuento 35
Cuentos y arrullos del folclor indígena y campesino colombiano

Leer es mi cuento 36
Cuentos y arrullos del folclor afrocolombiano

Leer es mi cuento 37
Una ronda de Don Ventura Ahumada
Eugenio Díaz.

Leer es mi cuento 38
La Expedición Botánica contada a los niños
(Selección)
Elisa Mújica.

Leer es mi cuento 39
Pelo de Zanahoria
(Selección)
Jules Renard.

Leer es mi cuento 40
La monja • Mi madrina
Soledad Acosta de Samper.

Leer es mi cuento 41
Así es mi palabra
Selección de poesía indígena colombiana
Varios autores.

Leer es mi cuento 42
Cuentos a Sonny
La Tierra de El Dorado
Santiago Pérez Triana.

Leer es mi cuento 43
Entre usted, que se moja
José David Guarán.

Leer es mi cuento 44
Las preguntas del agua
Selección de poesía afrocolombiana
Varios autores.

Leer es mi cuento 45
El ruiseñor y la rosa • El príncipe feliz
Oscar Wilde.

Leer es mi cuento 46
¡Que pase el aserrador! • La tragedia del minero
Varios autores.

Leer es mi cuento 47
Cuentos de la Tía Anancy
Ignacio Barrera Kelly.

Leer es mi cuento 48
Las mujeres de la Independencia
Catalina Navas.

Leer es mi cuento 49
Reminiscencias de Santafé y Bogotá
José María Cordovez Moure.

Leer es mi cuento 50
Ni era vaca ni era caballo
Miguel Ángel Jusayú.

Consulte los libros digitales y el glosario aquí: www.maguared.gov.co/serie-leer-es-mi-cuento-todos-los-titulos/



Las mujeres de la Independencia cuenta la manera como las mujeres participaron en la gesta libertadora; cómo sin ellas esta no habría llegado a feliz término. Las razones para que la historia haya omitido su participación son, al menos en un aspecto, obvias: la historia de este país ha sido escrita por hombres. Este bello libro, escrito por Catalina Navas e ilustrado por Carolina Alarcón quiere rendir homenaje a las miles de mujeres que con valor, inteligencia y arrojo lucharon por darnos la libertad. Es un acto de justicia y de verdad. Los episodios que aquí se narran corresponden a sucesos reales.



El futuro
es de todos

Gobierno
de Colombia



Biblioteca
Nacional de
Colombia